

11(789a-1)
FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

Historia de la Emancipación Americana

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

7483

FRANCISCO RIVAS VICUÑA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V

LA GRAN COLOMBIA

1821 — 1823

Edición auspiciada por el Gobierno de Venezuela
que preside el Señor General E. López Contreras

SANTIAGO DE CHILE — EDITORIAL "EL ESFUERZO" — 1940.



DEDICATORIA

Señor Doctor

Don VICENTE LECUNA.

Presente.

Muy distinguido amigo:

Casi veinte años han pasado desde el día, en mis recuerdos inolvidables, de nuestra primera entrevista en Caracas. La conversación se orientó hacia el Hombre máximo de América y Vd. tuvo la bondad de estimularme al estudio de la vida de Simón Bolívar.

Me ha proporcionado Vd. con esto las verdaderas satisfacciones de la contemplación del espíritu del Libertador, hallando en sus pensamientos la solución de múltiples problemas humanos y una eficaz armonía entre ellos y su metódica acción para estructurar la vida de los pueblos que formó.

Admirables son sus unidades de concepto y de obra y brillan especialmente en esta guerra de la integración colombiana, en sus dolores de Popayán a Bomboná; en su resolución de toda una vida sintetizada en la orden del día de Cariaco: **DEBEMOS VENCER Y VENCEREMOS**. No era el laurel de un combate lo que buscaba; su victoria tenía mayores alcances, eran los de la libertad, del orden democrático y de la Unión Continental.

Formó el alma de un pueblo en las guerras venezolanas; lo elevó a la mayor dignidad de libertar a Nueva Granada; el fuego de sus victorias hace la fraternidad de los hombres desde el Orinoco al Magdalena, cubriéndolos de gloria en Carabobo. No cesa en su empeño de unión y rompe las últimas cadenas en las fraguas de Bomboná y Pichincha que se recuerdan en esta historia.

En el orden militar esta guerra de la Independencia del Ecuador es la realización de un maravilloso plan de batalla estratégica en cuyas líneas extremas Bolívar impuso, en la zona del Norte, la capitulación del Ejército realista en el mismo día en que su Lugarteniente, el General Sucre, rendía al enemigo en las faldas del Pichincha. Los dos soldados de Venezuela aseguraban la libertad de América.

¡Cuánta fructífera lección guerrera, social, internacional, económica y de ciencia del corazón humano en estas grandes horas de Bomboná, hasta el reconocimiento espontáneo de sus superioridades en Guayaquil!

Quiera, mi siempre recordado amigo, aceptar la dedicatoria de esta parte de mis GUERRAS DE BOLIVAR como un homenaje de mi gratitud por haberme proporcionado los regocijos de este estudio y la consignación para las generaciones futuras de las grandes enseñanzas de justicia social, de equilibrio democrático de la autoridad y del pueblo y de solidarismo internacional para el gran progreso que fueron la constante inspiración del Libertador.

Soy su amigo de siempre,

FRANCISCO RIVAS VICUÑA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

HISTORIA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

TOMO V.

La Gran Colombia

1821-1823

INDICE

Pág.

Dedicatoria al Señor Doctor don Vicente Lecuna	V
--	---

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

I.—Hacia la unión americana	3
II.—Prestigios en el exterior. El derecho triunfante	35
III.—La campaña del Centro y su frente Norte: Bomboná	51
IV.—La campaña del Centro y su frente Meridional: Pichincha	133
V.—La integración colombiana	176
VI.—Agonías de los invasores	209

SEGUNDA PARTE

LA VIDA INTERNACIONAL

I.—El nacionalismo peruano	227
II.—La entrevista de Guayaquil y la democracia colombiana	273
III.—El triunfo de la idea. Las vacilaciones del interés	317
IV.—Solidaridad y cooperación hispano americana	348
V.—La grandeza de Colombia	366
VI.—La gran crisis peruana	385
VII.—Las naciones libertadoras	452

ILUSTRACIONES

Mapa Número 1.—Itinerarios de Bolívar y de Sucre	128
Mapa Número 2.—El territorio de Bomboná	160
Mapa Número 3.—Maracaibo y Puerto Cabello	216

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

TOMO IV

1821 — 1823

La Gran Colombia

PRIMERA PARTE

BOMBONA Y PICHINCHA

- I.—Hacia la unión americana.
- II.—Prestigios en el Exterior.—El derecho triunfante.
- III.—La Campaña del centro y su frente norte.—
Bomboná.
- IV.—La campaña del centro y su frente meridional.
—Pichincha.
- V.—La integración colombiana.
- VI.—Agonías de los invasores.

LA INTEGRACION COLOMBIANA

El homenaje de Quito a los libertadores.—La organización administrativa.—Los proyectos de progreso.—Guayaquil y los derechos de Colombia.—Nacionalismo y libre determinación.—Las intervenciones peruanas.—Energía del Libertador.—Protectorado y plebiscito.—El Protector don José de San Martín anuncia su visita.—El Libertador ofrece fuerzas al Perú.—Guayaquil se incorpora a Colombia.—Los grandes rumbos del futuro cercano.

Como Venezuela y Nueva Granada, era ya libre la menor de las tres hermanas, como llamaba el Libertador a Quito y Guayaquil; algún derecho de primogenitura tenía, sin embargo, la iniciación del movimiento separatista de los próceres quiteños en 1809 y fué un sagrado bautismo de la emancipación americana la sangre de sus mártires, Morales, Salinas, Quiroga y sus compañeros druelmente sacrificados en los tormentos de sus bárbaras prisiones.

La victoria de la hueste colombiana era para los quiteños como la aurora de un día de resurrección que el pueblo celebraba en las francas expansiones de su alegría, mientras los celosos soldados de Sucre, van por todos los caminos anunciando el triunfo definitivo, el advenimiento de una nueva era de tranquilidades para el trabajo cuya prosperidad dependerá del juicioso esfuerzo de los pueblos libertados.

En ambos extremos del territorio de esta guerra, la situación era idéntica y los destacamentos de Sucre encuentran a los batallones de Bolívar en su marcha a la capital; ya nadie duda de la total victoria de las fuerzas populares que han convergido sobre Quito desde Popayán por el Norte, Loja por el Sur y Guayaquil por Occidente, para encender en las majestuosas cimas orientales de los Andes los faros de la ma-

jestad de América, empuñando la espada de la justicia, con que cubre a todos sus hijos, y envuelta en la túnica inmaculada de la libertad.

El pueblo de Quito, en un cabildo abierto del 29 de Mayo, acordaba la más entusiasta de las recepciones al Libertador que aun venía organizando sus conquistas; asistieron los miembros del Ayuntamiento, las dignidades eclesiásticas, las corporaciones de comercio y de agricultura, todos los magnates del país y cuantos quisieron adherirse a un programa en cuyos fundamentos se recordaban los antiguos sufrimientos de un pueblo "puesto en posesión de sus derechos imprescriptibles por el genio tutelar de Colombia, " por la mano del inmortal Bolívar quien, desde los más remotos pueblos de la República, ha proveído siempre infatigable a la felicidad de estas provincias".

Disponen los representantes de la opinión que sobre el campo de Pichincha se alce un obelisco, guardado por el genio de la libertad, en cuyo frente a la ciudad se colocará una inscripción que diga: "Los hijos del Ecuador a Simón Bolívar, el ángel de la paz y de la libertad colombianas", siguiendo la consagración del héroe inmediato: "Sucre.—Quito libre el 24 de Mayo de 1822".

El frente hacia el campo de batalla llevará un homenaje al Dios de los ejércitos y al pueblo que defiende el derecho, inscribiéndose en él: "A Dios glorificador. Mi valor y " mi sangre terminaron la guerra de Colombia y dieron libertad a Quito".

En los otros dos costados se inscribían los nombres de los jefes y oficiales de las divisiones, encabezando las listas el General José Mires y el Coronel Andrés Santa Cruz, dando preferencia en ellas a los heridos del combate.

Los héroes de esta campaña llevarían en su pecho una medalla con un sol naciente sobre las cumbres ecuatoriales, símbolo de Colombia que hacía brillar la luz de la libertad, con la expresión: "Vencedor en Pichincha - Libertador de Quito".

Otros honores tributaba esta asamblea a Bolívar y a Sucre, pero el de mayor regocijo para el Libertador será el del párrafo inicial del acta que dice: "Se resuelve reunirse a

“ la República de Colombia como el primer acto espontáneo
“ dictado por la voluntad de los pueblos, por la convenien-
“ cia y por la seguridad y necesidad mutuas, declarando las
“ provincias que componían el antiguo reino de Quito como
“ parte integrante de Colombia, bajo el pacto expreso y for-
“ mal de tener en ella la representación correspondiente a su
“ importancia política.”

Esta resolución de los pueblos del Sur de Colombia era la mejor recompensa para Bolívar, pues importaba la realización de constituir una República que sería grande por la compenetración de pueblos dueños de riquezas tan vastas como variadas y señores en dos océanos, bases de una incalculable potencialidad de progreso resultante, a la vez, de las armonías internas de intereses complementarios y de las influencias exteriores propias de ese mismo vigor.

Esta integración colombiana será la medalla para el pecho del Libertador y el obelisco en loor de su nombre; sus armas forjadas en un continuado afán con la cooperación de granadinos y venezolanos traen a Quito no solamente la libertad sino la grandeza por la asociación. (Doc. 761. XIX. O'Leary).

Mientras Quito celebra estos festejos, avanza por los valles del Norte, recibiendo en villas y aldeas las más cariñosas manifestaciones que él responde con sus felicitaciones a los pueblos que manifestaban tanta decisión en las jornadas del derecho. En la tarde del 16 de Junio, llega a Quito y los habitantes todos le ofrendan su gratitud por los beneficios recibidos. La Municipalidad le envía sus parabienes y Bolívar le contesta: “El gozo de Colombia ha llegado a su
“ colmo al recibir en su seno al pueblo de la República que
“ levantó el primero el estandarte de la libertad y de la ley
“ contra la ocupación extranjera. El acto augusto que tan
“ espontáneamente hacen los representantes del pueblo de
“ Quito, de reconocimiento, de adhesión y de amor a la Re-
“ pública de Colombia, es para el pueblo un principio eter-
“ no de bien y para Colombia un motivo eterno de grati-
“ tud hacia los primeros ciudadanos de la Capital del Sur.
“ Quito llevará consigo siempre el rasgo distintivo de su
“ desprendimiento y de un patriotismo acendrado y del co-

“nacimiento más perfecto de una política sublime. En recompensa a tantos títulos por la prosperidad de Colombia, ésta agotará su poder y su deseo en derramar sobre la generosa Quito todos los caudales de la riqueza, de la industria, de la libertad y del bienestar nacional. Puede contar el Sur de Colombia con que las facultades ilimitadas que el Congreso Nacional me ha confiado, se extenderán ilimitadamente en beneficio de la tierra querida de la patria, y de la última víctima del despotismo.”

Es un compromiso solemne que tiene de su parte toda la garantía de la devoción a su propia obra, cuyos mayores éxitos los dará la cooperación de todos; han cumplido su deber sus soldados y él; grande es su reconocimiento por los honores tributados “a quienes trajeron sus vidas para inmolárlas en las faldas inaccesibles de Pasto y de Pichincha por la libertad de Quito”, pero recuerda a los representantes populares que estos homenajes deben ser los de la voluntad general de la Nación que ensalza a sus hijos, interpretando “el sentir de sus guerreros que aman más la gratitud nacional que las glorias militares”. Con esta inspiración, continúa su nota al Municipio diciendo: “El testimonio de aprecio de Quito por sus libertadores debe ser sometido a los representantes del pueblo para que su aprobación le dé un nuevo realce a sus propios ojos y a los de todos los colombianos que nada anhelan que no esté de acuerdo con la voluntad de todos y la aprobación de los próceres de la República.” (Doc. 762. XIX. O’Leary).

Quiere Simón Bolívar dejar ampliamente establecido que la tan celebrada unión en la libertad no puede dar los saludables efectos que todos esperan sino bajo el régimen de la autoridad; será el Congreso de la República quien apruebe estos homenajes de las provincias libertadas y, con ésto, da el Libertador a los quiteños una primera prueba de su afecto, en esta enseñanza elocuente de solidarismo democrático.

La Municipalidad de Quito agradece sus conceptos a Bolívar y recuerda los aciagos días de la reconquista de 1812 y como desde entonces toda la Provincia estuvo pendiente de los triunfos de Venezuela y Nueva Granada hasta que fué posible la marcha de las huestes de Bomboná y Pichincha.

Este pasado es la base de la unión y los cabildantes le dicen: "Somos unos con vosotros y debemos formar una fuerza co-
"losal que es indispensable a los Estados Continentales de
"más íntimas relaciones para afianzar la paz interior y pa-
"ra mostrarse incontrastables a los enemigos de fuera. Este
"es el acto que V. E. forma y ratifica; acontecimiento que
"hará época en la historia de nuestra feliz revolución. Ve-
"nezuela, Bogotá y sus provincias constituyentes son la
"misma de Quito y Quito es nada menos que las gloriosas
"regiones de Bogotá, Venezuela e intermedias. Dentro de
"su común seno, nació el héroe de este siglo: el inmortal
"primer Presidente Libertador de la República Colombiana.
"a cuya voz desaparecieron aún las sombras de los males
"que causó la usurpación a los moradores del Sur."

Las Provincias de Quito, Cuenca y Loja quedan incorporadas a Colombia y la promulgación solemne de la ley fundamental se fijó para el día 24 de Junio.

Con arreglo a la Constitución y en uso de sus facultades, el Libertador creó el Departamento de Quito y nombró su Intendente a Sucre, ascendido al rango de General de División, resolución que no tardó en sancionar el Gobierno Central, autorizando a Sucre para proponer la subdivisión provincial.

La administración de justicia, en conformidad a la ley nacional de Octubre de 1821, se confió a una Corte Superior cuyos miembros designó provisoriamente el Libertador, mientras la Alta Corte de Bogotá presentaba al Ejecutivo las ternas prescritas para los nombramientos definitivos.

Completa Bolívar su obra orgánica con las instrucciones para la preparación de los actos electorales encaminados a la elección de senadores y diputados que deben representar a los territorios colombianos del Sur en el Congreso de 1823. Fiel observante del principio de autoridad, pidió al Gobierno Central que dictara todas las medidas conducentes a remediar cualquier atraso en los plazos legales. Las provincias quiteñas entran al pleno goce de sus derechos garantizados en su interpretación por los tribunales de la República, en su práctica por la autoridad civil y en su progreso por la presencia de sus representantes en las Cámaras legislativas.

Tales son los felices resultados de la guerra de 1822 y Bolívar distingue a los cooperadores de Colombia, otorgando honores a los bravos de Albión, Paya, Yaguachi, Magdalena y Dragones y ascensos a los oficiales que más se distinguieron guiándolos en los combates. No sólo para sus compatriotas eran las distinciones, debíalas también a la División de Santa Cruz y proclama que "su Gobierno se declara deudor a la División del Perú de una gran parte de la victoria de Pichincha"; decora sus tropas, oficiales y jefes con la medalla de "Libertador de Quito en Pichincha" y otorga al Coronel Santa Cruz el rango de General de Brigada en el ejército colombiano.

En breves días queda el país pronto para entrar a las normalidades de la vida cívica y el Libertador se preocupa del progreso material de estas tierras del interior que, por hermosas que sean y por agradables para las residencias humanas, necesitan unirse con las demás comarcas cuyas riquezas son complementarias de las que se producen en sus climas y que los hombres necesitan. La población de Quito para esos años era de alguna importancia, pero las capacidades del país exigen una inmensamente superior.

Con una mirada de penetración en el porvenir, el guerrero Libertador se traza un programa, eminentemente americano también, en el orden económico: poblar la tierra y establecer por medio de buenos caminos la mayor comunicación entre sus habitantes. Le hemos visto, en los afanes de su campaña de Bomboná, ordenar al Gobernador del Chocó, José Cancino, que inicie la construcción de un canal entre el Atlántico y el Pacífico, uniendo las cuencas de los ríos Atrato y San Juan; ahora piensa en las provincias andinas que ha recorrido en sus combates y en sus jiras de pacificación; son, como él lo dice, la sede de un pueblo agrícola, industrial y comercial y necesitan un puerto y un camino grande y hermoso que conduzca a él. Con este convencimiento, decreta que el Gobierno de Colombia toma bajo su inmediata protección la apertura de un camino a Esmeraldas y la habilitación allí de un centro marítimo de comercio.

Los habitantes que vayan a poblar esas zonas, que funden allí sus casas y en ellas residan estarán exentos de tri-

butos por veinte años y en el puerto mismo no se cobrarán derechos durante diez años. (Doc. 764. XIX. O'Leary).

El Coronel de milicias don Manuel Larrea queda encargado de la dirección de esta importante empresa, a la cual el Intendente de Quito, General Antonio José de Sucre, prestará un máximo auxilio. Las pequeñas rivalidades entre los hombres y el invencible instinto de predominios, que son las características de inferioridad, podrían excitar celos de los guayaquileños que se creerían despojados de su privilegio de centralizar el comercio del interior; a estas manifestaciones de egoísmo, el Libertador responderá que las comarcas que podrán servirse de la red de caminos sobre la cuenca del Esmeraldas son tan extensas o más que las del Guayas y que el gran porvenir de un centro ya formado, como era Guayaquil, estaba ligado a las prosperidades de los valles comarcanos, sin que éstas importaran desmedros en las actuales sino mayores intensidades, por la natural cooperación que los adelantos mismos armonizarán.

No eran estas materialidades, por interesantes y fundamentales que fueran, el estímulo principal para la incorporación de Guayaquil. De mucho más consideración era el punto de derecho que se discutía. La delicadísima cuestión, semillero de las grandes dificultades que hemos visto, oscilaba entre el principio democrático que consagraba el libre arbitrio de los pueblos y el de nacionalidades tácitamente aceptado con la fórmula del *uti possidetis juris* que transformaba a las antiguas colonias en naciones soberanas del territorio que les otorgó la antigua metrópoli.

La libre determinación era un derecho innegable y el principio de nacionalismo una conveniencia indiscutible y entre ambos debía establecerse el equilibrio necesario, pues la simple consideración del primero podía degenerar en la parcelación pulvurulenta de naciones que no podrían sostenerse, gastando energías excesivas en el mantenimiento de una entidad ficticia.

Bolívar ha buscado constantemente este equilibrio por la atracción de pueblos y palpa ahora los magníficos resultados en el cuadro de una nación que se constituye por la victoria generada en la unión anterior y en la libremente acep-

tada por los pueblos. Las meditaciones de Bolívar debieron tener múltiples veces como tema los excesos del regionalismo argentino, que destruyó el antiguo Virreinato del Plata, mientras venezolanos y granadinos supieron sobreponerse a las ambiciones personales para constituir los tres distritos del Virreinato de Santa Fe en una sola y gran Nación.

La contienda de Guayaquil no podrá tener sino la solución del derecho aceptado, pues otra cualquiera será el fermento de las demostraciones en torno de las banderas del caudillaje, la debilidad de las naciones formadas, su desprestigio y su reabsorción posible en sistemas análogos al vencido del coloniaje. No es sólo la unidad colombiana lo que busca Bolívar con la incorporación de Guayaquil, es la consolidación de un principio orgánico de nacionalidades fuertes.

Desde otro punto de vista, la libre determinación guayaquileña, ejercida no para su independencia, sino para ceder a la acción anexionista de otro Estado, era convertir un derecho básico de las seguridades americanas en simiente de futuras guerras, ya que en todas partes podían estallar iguales pretextos. Juiciosos fueron los estadistas que consagraron el *uti possidetis juris* y, sin negar el de la libertad para elegir su destino, no era el momento de dar primacías a éste contra aquél sin que hubiera grave mengua de la obra fundamental.

El Libertador obra con exquisita prudencia sobre el terreno maestramente preparado por Sucre; las victorias eliminan toda duda pues los oportunistas perturbadores son los primeros en plegarse al triunfador. Sin embargo, el horizonte no está totalmente despejado y será preciso agregar a la prudencia, si lo exigen los acontecimientos, la más enérgica de las resoluciones.

El 21 de Junio escribe, desde Quito el Libertador al Vice-Presidente Santander: "No me faltan ratos para escribir, pero me sobran meditaciones sobre lo que debo hacer con un grande y bello país, para conservarlo en su adhesión a nosotros, para conservar la armonía con el Perú, para no perder tiempo y para no chocar con la División del General Santa Cruz.

“Debo decir a Vd. que solamente Guayaquil me da
“cuidado, pero Guayaquil por su cuidado puede envolver-
“nos en una de dos luchas: con el Perú si lo forzamos a re-
“conocer a Colombia o con el Sur de Colombia si lo deja-
“mos independiente, triunfante e incendiaria con sus prin-
“cipios de egoísmo patrio. El Perú parece que está blando
“con respecto a nosotros, porque teme de España y espera
“de Colombia, y porque su gobierno en sus negocios do-
“mésticos no está muy afirmado. He lisonjeado a la Divi-
“sión auxiliar de Santa Cruz y, felizmente, este jefe es muy
“bello sujeto. He prometido mandar tropas al Perú, siem-
“pre que Guayaquil se someta y no nos dé más cuidados.
“Con este objeto vamos todos a Guayaquil, como Vd. lo
“verá por el oficio al Presidente de aquella Junta; pero
“Dios sabe lo que será, porque, aunque el paso es laudable,
“tiene demasiada osadía para no envolver peligros. Me pro-
“pongo a la cabeza del ejército aliado entrar en Guayaquil
“y transigir los negocios de Colombia o con el gobierno o
“con el pueblo, que se dice generalmente adicto a nosotros.
“Renunciar a Guayaquil es imposible, porque sería más útil
“renunciar al Departamento de Quito. Además de ser con-
“tagioso el ejemplo inicuo e impolítico de Guayaquil, su
“territorio está enclavado en nuestra frontera por el Sur;
“está protegido por el Perú, que tiene a sus órdenes todos
“los militares del Sur de América y que es rico, y por con-
“siguiente, capaz de mantener muchas tropas. Este país en
“las fronteras del Perú es afeminado y nada militar, Pasto
“es enemigo de los colombianos y además terrible; Popayán
“ya no puede resistir grandes guarniciones y sus contornos
“son guerrilleros y enemigos. Tiene Vd. en fin, que el mo-
“mento de hacer prueba de nuestras fuerzas y de nuestra for-
“tuna es éste, porque no nos veamos relegados del otro lado
“de los Andes en los llanos de Neiva. El prestigio en favor
“de Colombia es grande por su gloria militar, por la sabi-
“duría de sus leyes y por la regularidad del Gobierno. Nues-
“tros contrarios creo que carecen de gran parte de estas ven-
“tajas y así no vacilo en intentar la incorporación de Gua-
“yaquil a Colombia”.

Bolívar expone todo el alcance del problema guayaquileño, que es de tranquilidad americana, y el Ministro de Relaciones Exteriores le hace ver su perfecta conformidad con la integración que es de pleno derecho. Ventilan en esos días los juristas americanos las eventualidades de los derechos de las minorías que tanto ha preocupado al mundo después de la guerra mundial; pero estos últimos debates son de minorías raciales y aquéllos eran simplemente de minoría de intereses estimulados por una mayor Potencia absorbidora. Esto mismo que decimos lo precisa entonces el Canciller colombiano, don Pedro Gual, diciendo "Guayaquil debe renunciar a los pequeños intereses para gozar de los beneficios que trae el poder combinado con la fuerza; la Provincia es parte del Grupo colombiano y a él sólo debe adherirse. pues su aislamiento es perjudicial a ella y a los Estados colombianos."

No es una represión de minorías lo que se intenta sino una armonización de partidos y, a este respecto, recuerda Gual que la propia Junta de Guayaquil, al declararse independiente en 1820, incluyó la Provincia de Puerto Viejo, a pesar de su expresada voluntad de colombianismo. No puede, pues, repudiar ahora el axioma de concordancia de la libertad y del espíritu nacional y debe propiciar la misma solución de consulta plebiscitaria que busca el Libertador, sin que en ella intervenga ninguna autoridad extraña, norma de entonces que todas las Potencias han admitido en estas apelaciones al Pueblo.

El Gobierno Colombiano acepta de lleno la doctrina y los actos de Bolívar y se ciñe a su acción como lo expresa el Ministro Gual, enviándole una exposición de todos los antecedentes relacionados con el dominio de Guayaquil y con los principios aceptados por su Junta que no ha desconocido la teoría colombiana, desde sus iniciativas de independencia. "Si Guayaquil proclama el precepto de la libre determinación, escribe Gual, no podrá sostener la agregación de las 20,000 almas de Puerto Viejo, que se declararon colombianas. Este mismo precepto es el que tenemos para compeler a Guayaquil a entrar en su deber, caso que una negociación amigable no sea capaz de producir efecto. Este

“ derecho es tanto más fuerte de nuestra parte, cuanto que
“ el Perú no puede alegar en su apoyo el menor motivo que
“ justifique sus pretensiones, ni que pueda autorizar a su
“ Protector a que dé a V.S. consejos que no necesita. La Re-
“ pública de Colombia tiene demasiado acreditada su mo-
“ deración para con los demás Estados americanos; sabe res-
“ petar las instituciones, cualesquiera que ellas sean, y se ha
“ abstenido de intervenir directa o indirectamente en sus ne-
“ gocios domésticos. Esto nos hace acreedores a igual corres-
“ pondencia, principalmente si se considera que nuestros de-
“ rechos están fuera de toda duda, fundados en la pactación
“ y en *uti possidetis* al tiempo de la fundación de la Repú-
“ blica. Si es, pues, incuestionable como lo es, que la bahía
“ de Tumbes era el extremo de nuestro territorio por aque-
“ llas costas del Pacífico y que la Provincia de Guayaquil
“ está comprendida entre nuestros límites, ningún poder ex-
“ traño puede mezclarse en la disputa con la menor aparien-
“ cia de razón.” (765. XIX. O’Leary).

La teoría colombiana se marca con vigor; su derecho es incuestionable y el pueblo debe manifestarse sin estar expuesto a las sugerencias de los agentes que procuran la incorporación al Perú. Bolívar tiene la más amplia libertad de acción para resolver el problema, en uso de sus prerrogativas, apoyando con el prestigio de sus armas a los distritos que manifiesten el deseo de incorporarse a Colombia y con todos los elementos necesarios a la propaganda efectiva para imponer en la conciencia pública el origen, la fuerza y la ventaja del derecho de Colombia: nadie puede impedir estas manifestaciones de la autoridad y ella sí que puede oponerse a quien contrarie su derecho para esta acción, dominando a la Junta de Guayaquil si fuera necesario, y con más poderosas e inmovibles razones a las intervenciones de otro Poder.

El terreno está preparado, en la forma que hemos visto, desde que se inició la campaña del General Sucre; pero, a pesar de las victorias, no desmayan los separatistas que no son sino emboscados de la anexión peruana, al soñado reino del círculo del General San Martín. Estos pueden provocar una sedición, apoyándose en los tropas de Santa Cruz, que deben regresar a Lima en las naves del Perú que vendrán a bus-

carlas. Los rumores de un pronunciamiento llegan hasta Quito; el Gobierno del Perú, desempeñado en estos días por el Marqués de Torre-Tagle, como delegado del Protector San Martín, persiste en considerar a Guayaquil como entidad diversa de Colombia, sin darle por esto toda la consideración de República independiente; en el decreto de recompensas a los vencedores de Pichincha exterioriza Torre-Tagle su pensamiento divirtiéndolos en tres reparticiones: **Colombianos, División del Norte del Perú y tropas de Guayaquil.**

Aunque semejante intento puede considerarse temerario, la prudencia aconseja considerar las audacias de los despechados y prever el mal; puede contar el Libertador que Santa Cruz y sus oficiales, tan generosamente tratados por Colombia, no se mancillarán con una traición; pero hay poderosos peruanizantes en Guayaquil que pueden intentar una última partida de atrevimientos, llegando hasta el motín de tropas que se impusieran a los jefes, que las llevaron a la gloria, para marchar a las cosechas de recompensas que degradan tanto como honran los laureles. Esto suele acontecer, tal es la pujanza de las ambiciones, y era necesario evitar hasta la sombra de un deshonor a los bravos soldados de Pichincha, pues las armas de la seducción suelen ser más atrayentes que los besos de la victoria. Con este objeto se dispuso que la División Santa Cruz quedara por el momento en Quito, para seguir a completar sus efectivos en las Provincias meridionales. A Guayaquil irían los bravos de Colombia.

La presencia de tropas en Guayaquil, en vista de estas circunstancias, no puede atribuirse a un propósito de Bolívar para decidir por la fuerza lo que no le diera la adhesión espontánea; es una medida para precaver los incalculables perjuicios de una revuelta cuyo estallido necesitaría una represión que desfiguraría el acto plebiscitario en preparación sin intervenciones militares, como no fueran los prestigios de la victoria. Esta revuelta podía, además, degenerar en un grave entredicho con el Gobierno Protectoral del Perú. Lo primero quebrantaba la unidad nacional, aun no consolidada; lo segundo hacía imposible la concordia americana indispensable para arrojar del territorio a los esforzados españoles que se mantenían poderosos en el interior del Perú.

Los éxitos desprendidos de trece años de batallas y de sacrificios de todos los grupos sociales no podían comprometerse por la tolerancia de predomios personales, que buscaban como pretexto el regionalismo, ni de expansiones indebidas sin la menor sombra de derecho. Bolívar va a Guayaquil, bajo el escudo de la justicia de la causa de Colombia, apoyado en antiguas adhesiones populares y en las recientes que le da la victoria y fortalecido con sus batallones para las dolorosas emergencias de una lucha. Esta presencia es fundamental garantía de la conservación de la concordia, del anhelo de los grandes de alma cuya voluntad deberá triunfar sobre los que eran pequeños, dando su medida en la extensión reducida de sus programas, cubriendo los de éstos un terruño, y los de los demás, todo un Continente.

En el curso de la campaña, fueron muy activos los peruanizantes en el círculo de la política guayaquileña seducida por el delegado peruano Salazar y sus oficiales. Los soldados de Colombia transitaron por la Capital con el arma al brazo, viniendo los combates o encaminándose a ellos; no despertaban adhesiones con sus rudezas y en este campo espigaban quienes hacían de sus armas, objetos de lujo, aun no ennoblecidos en los campos del sacrificio. En esta atmósfera, las orientaciones del anexionismo y de la Junta se hacían cada día más paralelas; uno de sus miembros, Roca, era hostil a Colombia, sin que pudiera desarrollar muchas influencias pues su familia se dividía entre autonomistas francos y peruanizantes; el vocal Jimena, sin distanciamientos apasionados, creía en la posibilidad de una nación guayaquileña, y, en último término, era afecto al Perú; en cuanto al Presidente Olmedo, era un filósofo admirador de lo grande y de lo hermoso, como las cumbres de su cordillera y las amplitudes de su río; la independencia de su patria era para él un poema y, educado en Lima, rimaba sus grandezas con las del Perú.

En el futuro, Olmedo, Jimena y Roca serán amigos del Libertador; pero en estos momentos sirven sus programas. El triunfo de Pichincha fué para ellos, ya influenciados por la atmósfera que se creaba en Guayaquil, como la certidumbre de la incorporación al Perú, exagerando la influencia de

la División Santa Cruz. Más tranquilas reflexiones les mostrarán que la campaña completaba la obra colombiana, que mantenía la independencia de Guayaquil y que destruía al realista en las sierras, y que ese gran juez que es el pueblo se plegaría a quienes organizaron los triunfos de Yuguachi, Bomboná y Pichincha.

La escuadra peruana está en Guayaquil, esperando las tropas de Santa Cruz, y no es extraño que en estas circunstancias Salazar y sus amigos los miembros de la Junta, hubieran pretendido celebrar los triunfos con la incorporación al Perú. Antes recordamos la inconsulta orden de regreso que el Protector daba a las tropas auxiliares y su más reflexiva resolución de mantenerse en la campaña sobre Quito; dentro del temperamento de San Martín, primaban las soluciones de acción refleja, como aquél su encierro en Tucumán en 1813, y como las que ahora persigue en el Perú. No valía la pena luchar si el mismo resultado era obtenible por una maniobra diplomática, aunque fuera con el apoyo platónico de una fuerza armada; así pudo pensar que, victorioso Santa Cruz en el interior, y recibido en triunfo por la Junta de Guayaquil, vitoreado por las empavesadas naves peruanas, la incorporación de la Provincia brotaría espontánea, como fruto de la cooperación a la libertad de Quito. Sin el apoyo de estas fuerzas, la manifestación era imposible; la Junta las necesitaba para imponer a la opinión y con ellas también podría ser la guerra con Colombia. En todo caso, vanagloriados de transitorios predominios, el General Salazar y sus amigos se creyeron en situación de ofrecer al General San Martín, cuya venida se anunciaba, el espléndido presente de una Provincia, victoria diplomático-militar que consolidaba la situación de los americanos monarquistas en Lima.

Los colombianos de Guayaquil, por su parte, se batían en los campos de la correcta acción cívica contra los autonomistas que hacen de la Provincia una república de opereta, como lo fueron algunas monarquías balcánicas, y contra los anexionistas que la convertirían en una estación naval para el Rey del Perú. El Colegio electoral estaba ya reunido y el 3 de Julio, tomando la representación de la ciudadanía, ordenó que se abriera un juicio de residencia a la Junta de Go-

bierno. El Presidente del Consejo comunicaba esta resolución a Bolívar y podía ya darse por resuelto que el problema de las minorías guayaquileñas sería una formidable mayoría colombiana que libertará a la Provincia de idealismos imposibles y de servilismos perjudiciales.

El Libertador marcha de Quito a Guayaquil, por los caminos que transitaron las tropas de Sucre, se detiene en el Cuartel General de Babahoyo, siempre preocupado de sus batallones, para los que fija destinos más altos que el reprimir rebeliones y, al atardecer del 11 de Julio, la embarcación en que llega Bolívar es saludada por las baterías del puerto y de sus naves; en la ría se reúnen como escoltas de su falúa, las diputaciones del Gobierno, representantes de las corporaciones y los miembros de la legación del Perú asistidos por los jefes de su marina. El Presidente de Colombia marcha a su alojamiento entre sus soldados, siempre vencedores, y en medio del pueblo que ha levantado arcos triunfales en que se le saluda como rayo de la guerra e iris de la paz.

Estas manifestaciones populares y los agasajos y festines de las autoridades eran la expresión bulliciosa de las adhesiones que se presentaban el día 12 de Julio al Ayuntamiento. Los más representativos ciudadanos se dirigen al poder local, tradicionalmente respetado en todos los países de América como encarnación de la soberanía popular, para manifestar que existe una absoluta pluralidad de votos en favor de la agregación a Colombia y que, aguardar los resultados de la votación, es demorar inútilmente el cumplimiento de los deseos de un pueblo que quiere reposo y felicidad por sus leyes. Recuerda esta petición que el primer Congreso reconoció la uniformidad de intereses de Guayaquil y de Colombia y que, en el Cabildo de 31 de Agosto de 1821, ya se había expresado el voto libre por la incorporación a la República, decisión que mantenían enérgicamente los pueblos de Puerto Viejo y el batallón de Libertadores. Quieren los guayaquileños una resolución inmediata del Ayuntamiento a fin, según reza su petición, de "tener libertad respetada, seguridad inviolable y propiedad sin turbaciones, para poder ser considerados nacionalmente y ponernos en actitud de unir nuestros recursos a los de los pueblos todavía tirani-

“ zados y, conduciéndolos al goce de sus derechos, finalizar
“ la contienda con los obstinados peninsulares.”

La medida solicitada al Ayuntamiento dará a la incorporación toda la solemnidad que se atribuía a estas corporaciones que asumieron la soberanía en todas las colonias al iniciarse la contienda separatista. No había tropiezo para consagrar como legal eminentemente esta resolución; ninguna reflexión particular, dicen los peticionarios, puede entorpecer el giro de los grandes negocios nacionales, viéndose que la propaganda de autonomistas y peruanizantes es totalmente infructuosa como lo demuestran la entrada del Presidente de Colombia a Guayaquil y los resultados de las elecciones ya verificadas como preliminares del acto plebiscitario. Podía anticiparse la constitución de un gobierno colombiano, en vista de la opinión ya conocida de múltiples electores de todos los valles guayaquileños.

El hecho mismo de que aun subsistieran pretensiones antagónicas, por débiles que fueran, aconsejaba no precipitar los triunfos del derecho y esperar la resolución de la autoridad a quien se había encargado tan grave negocio; las sanciones definitivas tendrán, así, mayores prestigios y se incorporarán en la conciencia nacional con el profundo afecto que se profesa a la obra del propio esfuerzo.

Es preciso llevar al máximo la dignidad nacional, porque tal es la condición de virilidad requerida y que el Libertador puntualiza en la respuesta que da a la noticia de esta presentación llena de entusiasmo. “Guayaquileños, les dice.
“ terminada la guerra ha sido mi primer deseo completar la
“ obra del Congreso, poniendo las Provincias del Sur bajo
“ el escudo de la libertad, y de las leyes de Colombia. El
“ Ejército Libertador no ha dejado a su espalda un pueblo
“ que no se halle bajo la custodia de la Constitución y de
“ las armas de la República. Sólo vosotros os veáis reducidos a la situación más falsa, más ambigua, más absurda,
“ para la política como para la guerra. Vuestra posición era
“ un fenómeno que estaba amenazando la anarquía; pero
“ yo he venido, guayaquileños, a traeros el arca de salvación. Colombia os ofrece por mi boca, justicia y orden,
“ paz y gloria.

“Guayaquileños, vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas, yo quiero consultaros para que no se diga que hay un colombiano que no ame su patria y sus leyes.” (Doc. 771. XIX. O’Leary).

No se realiza ninguna evolución de un ser sin una autoridad directriz constituída para su finalidad y solamente para ella; tiene el Libertador el ejemplo vivo de la organización realizada en Venezuela por el respeto impuesto a las tropas de España y por el sometimiento de los caudillos a un gobierno fiel expresión del interés colectivo; como ejemplo de la negación de esta sana doctrina, puede exhibir el desorden de las Provincias del Plata por la falta del elemento director que no se ha podido generar en la conciencia nacional que perturban ambiciosos en desacuerdo con la aspiración general; vigorizar el sentimiento de respeto a la autoridad se impone en cada momento y es indispensable eliminar todo factor interno o externo que lo perturbe, influyendo en el sentido que se manifieste más concordante con el destino del ser sometido a un conflicto.

El Libertador analiza la situación en los términos de la proclama que hemos transcrito y se resuelve a eliminar los factores que perturban el ambiente en que debe desarrollarse el derecho, a fin de que éste tenga la más amplia libertad de manifestación. En torno de los ciudadanos de Guayaquil envenenan la atmósfera audaces agentes oficiosos y oficiales del Gobierno Protectoral y Bolívar se resuelve a dar toda garantía bajo su propia responsabilidad.

Los pueblos serán consultados, tal como lo propuso Sucre desde su llegada a Guayaquil; no podía haber la más pequeña violación de derechos, pues los representantes de la Junta electoral ya estaban elegidos, desde el 5 de Julio, en veinticinco ayuntamientos, cabildos y asambleas de notables. Lo requerido era la amplia libertad de estos y el Libertador, alentado por las presentaciones a la Municipalidad de Guayaquil, les ofrece plena garantía, encargándose del Gobierno de la Provincia.

“S. E. el Libertador de Colombia, dice su secretario a la Junta de Gobierno, para salvar al pueblo de la espantosa anarquía en que se halla, y evitar sus funestas consecuencias, acoge, oyendo el clamor general, bajo la protección de la República de Colombia al pueblo de Guayaquil, encargándose S. E. del mando político y militar de esta ciudad y su Provincia, sin que esta medida de protección coarte de ningún modo la absoluta libertad del pueblo para emitir franca y espontáneamente su voluntad en la próxima Congregación de la Representación.” (Doc. 773. XIX. O’Leary).

La Junta que presidía Olmedo había declarado a Guayaquil bajo la protección de Colombia en sus primeros convenios con el General Sucre y se había, además, comprometido a recomendar la incorporación a Colombia, el 15 de Mayo de 1821, con las firmas de los mismos vocales Olmedo, Jimena y Roca; la actitud del Libertador no era, pues, sino la realización de un hecho previsto y que debía realizarse tan luego hubiera quien manifestara poderes para ello y las circunstancias lo aconsejaran; el protectorado lo asumió Bolívar en mérito de sus facultades extraordinarias cuyo alcance puntualizara el Ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Gual, en la recordada nota sobre derechos de minorías.

El jefe de las fuerzas colombianas, Bartolomé Salom, promulgó el bando que anunciaba la cesación de las antiguas autoridades y la entrega del mando político y militar al Presidente de Colombia y a los subalternos que designara; la extinguida Junta reconoció la preexistencia del protectorado y, sin más queja que una leve protesta por la situación que el Libertador llamaba de anarquía, comunica al pueblo la entrada al nuevo régimen. (Docs. 773-5. XIX. O’Leary).

La incorporación de Guayaquil entra en la segunda etapa de los acuerdos previos entre el Presidente de Colombia y los ciudadanos guayaquileños rectamente inspirados en tradiciones de derechos y en legítimas expectativas del futuro; Guayaquil era ya de hecho y de derecho un territorio colombiano y se daría aún más augusta forma a su adhesión cuando la ratificaran los elegidos por los pueblos que deberán reunirse en breves días para fijar algunos puntos del progra-

ma que se someterá a la aprobación de la Suprema Autoridad colombiana.

La anexión de Guayaquil, en estos días de Julio, cuando Bolívar baja de Quito con sus batallones colombianos, no es como se ve una imposición de la fuerza sino el cumplimiento de medidas acordadas con los representantes que declararon la independencia de Guayaquil y que, si antes no se realizaron, fué por la coexistencia de la guerra contra el español y las intrigas de la segregación; las victorias de Bomboná y Pichincha eliminaron al enemigo exterior, era la obra de la espada triunfadora; las consideraciones del derecho establecido y de la afección manifestada anonadaban las maniobras del enemigo oculto, era el triunfo de la política democrática del Libertador que, en la plenitud del concepto de la justicia y de la necesidad de la anexión, no vacilaba en amparar con la fuerza lo que triunfaba por la razón. Era la acción ordenada de ésta lo que determinaba la intervención de aquélla; el procedimiento tiene un sello perfectamente moral, el que sólo admite la fuerza al amparo del derecho, el ser material subordinado al espíritu; las armas de Colombia no intervienen para conquistar, se muestran tan solo para evitar una anunciada agresión que era inmoral, pues importaba constituir derechos por la victoria, sin que tuvieran otro sustento que la conveniencia anhelada; habría sido la servidumbre de la nobleza que son los soldados de una causa a los aventureros que buscan los tesoros que los sacian.

El enigma de Guayaquil está resuelto y el Libertador activará la presentación del programa de los electores; su obra no es el protectorado de Guayaquil, consiste en la organización de la integralidad de Colombia para apoyar en ella las campañas finales de la independencia Continental y de su reconocimiento por la universalidad de las naciones.

Por mucho que lo preocupen estas intrigas, dominan en su alma las necesidades de la guerra americana y, desde Quito, escribió al General San Martín su deseo de prestar fuertes auxilios al Perú, si aún sus ejércitos no hubieran expulsado a los realistas. "Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V.E., había escrito Bolívar al Protector, el 17 de Junio, que la guerra de Colombia está terminada y que

“ su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus
“ hermanos lo llamen y muy particularmente a la patria de
“ de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos
“ debemos preferir como los primeros amigos y hermanos
“ de armas.” (Doc. 757. XIX. O’Leary).

Las noticias de las armas republicanas del Perú no eran satisfactorias. Competentes y activos, los generales realistas se habían organizado en la Sierra y Canterac, que dominaba en Jauja, podía establecer toda una armonía de maniobras con Jerónimo Valdés que era dueño de Arequipa. En obediencia a órdenes superiores, convergeron ambos generales sobre la expedición patriota del General Tristán y la pulverizaron en Ica, el 7 de Abril de 1822, a pesar de los desesperados esfuerzos del batallón Número 2 de Chile. La guerra no tenía allí ni los cerebros conductores ni los vigos que Bolívar había puesto en las campañas colombianas. A este cuadro de infortunios se debía el anuncio de auxilios que Bolívar hace a San Martín.

En estos días, el Intendente de Quito está en activa correspondencia con el Ministro de Guerra del Perú, Coronel don Tomás Guido, confirmandole los anhelos del Libertador. “ S. E., le dice el General Sucre, me ha protestado nuevamente que no sólo el batallón Numancia quedará al servicio del Perú, sino que irán otros batallones de Colombia a partir los laureles que esperan en la próxima campaña los hijos del Sol, si así se lo significa el Supremo Gobierno del Perú”. (Doc. 2051. VIII. B. y A.).

En cuanto a la División peruana que vino a Pichincha, volverá sin faltarle un hombre, pues, como escribe Sucre a Guido el 22 de Junio, “la División del Señor Santa Cruz se dispone a regresar a principio de la semana próxima y ha sido reemplazada de todas sus bajas con viejos soldados de Colombia y será aumentada con alguna recluta que se hace en Cuenca.”

El pedido de auxilios del Protector del Perú no tardará en venir y Bolívar se prepara a satisfacerlo, ordenando sus tropas para ello. Los batallones Magdalena y Paya se reunirán en un solo cuerpo en el nombre de Pichincha, en recuerdo de su triunfo, y junto con el batallón Yaguachi for-

marán una brigada que se dispondrá a marchar al Perú a las órdenes del Coronel José María Córdoba.

El batallón Numancia, que en adelante será el Voltige-ros, constituirá otra brigada con el veterano Vencedor de Boyacá y estará dispuesta para partir al Perú al primer aviso.

Los demás Cuerpos se distribuyen, desde Pasto a Cuenca, para atender a la seguridad del territorio y aumentar sus efectivos, a fin de que Colombia contribuya con nuevas Divisiones, si es necesario, para el definitivo sometimiento de las tropas que aun mantenían poderosas los españoles en el Perú.

La marcha de batallones a Guayaquil y la restitución de los soldados de Santa Cruz se apresuraba, aun sin recibir la petición de auxilios, y era la intensa preocupación por la suerte del Perú lo que determinaba estos avances del Libertador y no el propósito de que sus soldados intervinieran en una contienda política interna que se resolvía dentro de las actividades del derecho, del que esas fuerzas eran simplemente guardianes, como debían serlo pues eran sus sacrificios y sus victorias lo que había permitido su imperio. La energía de una selección del pueblo y la del Libertador habían bastado para silenciar a los turbulentos y para que los conspiradores se escondieran en las cuevas de sus conciliábulos y en los misterios de sus proyectos monárquicos.

La respuesta de San Martín a la carta del Libertador llega a Guayaquil cuando Bolívar organiza su gobierno y dispone sus batallones para la partida al primer llamado. " Acepto, escríbele San Martín el 13 de Julio, la oferta generosa que V. E. se sirve hacerme en su despacho del 17 de pasado; el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V. E., a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna; espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido a plantar el pabellón de la República en el Sud de su vasto territorio." (Doc. 775. XIX. O'Leary).

Ya conocemos la importancia efectiva de las tropas que trajo Santa Cruz a Quito, en reemplazo del Numancia; el

Protector exagera la importancia de las colaboraciones del auxiliar de Sucre y no menciona las ya recibidas de Colombia. Estos sentimientos no han de impresionar a Bolívar cuyo conocimiento de la situación le hace ver que las futuras intervenciones colombianas no sólo deberán ser poderosas, como dice San Martín, sino preponderantes, indispensables para rectificar bajo la dirección democrática de Bolívar los errores graves que el General argentino ha cometido en sus orientaciones del Perú hacia un gobierno monárquico, con presidencia del nacionalismo de la población que lucha por su independencia.

No sólo trae esta carta la petición de auxilios, anuncia una visita para concertar los grandes planes del futuro. San Martín había deseado una entrevista con Bolívar en los primeros días de 1822, cuando el Libertador preparaba la vigorosa campaña que hemos llamado del centro sudamericano; desgraciadamente, no fué posible y San Martín, confiado en el éxito de la expedición que sucumbió en Ica, prosiguió en las maniobras políticas que iban a comprometer su situación como jefe del Estado.

En la nueva actitud del Protector encontramos una expresión de valor moral que anotamos complacidos. Bolívar trae del Norte una democracia triunfante y San Martín sólo puede ofrecer un país parcial, pero vigorosamente ocupado por el enemigo y anarquizado en lo civil y militar en la parte por él gobernada. Tal es la síntesis fría que debió hacerse el General argentino; en sus cavilaciones debió considerarse algo así como un mártir de la libertad y de ahí la grandeza que le reconocemos al acercarse al gladiador que triunfaba en las mismas arenas, a Simón Bolívar.

“Ansío cumplir mis deseos, prosigue la carta de San
“ Martín, frustrados en el mes de Febrero por las circuns-
“ tancias que ocurrieron entonces; pienso no diferirlos por
“ más tiempo; es preciso combinar en grande los intereses
“ que nos han confiado los pueblos para que una sólida y
“ estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de
“ su independencia. Antes del 18 de Julio saldré del puerto
“ del Callao, y, apenas desembarque en el de Guayaquil,
“ marcharé a saludar a V. E. en Quito. Mi alma se llena de

“ pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento;
“ nos veremos y presiento que la América no olvidará el día
“ en que nos abracemos.”

Revelan estas expresiones el alma de San Martín que no deja trasparentar las inquietudes que lo agitan, estas son mucho más importantes que esa discusión sobre un programa de sólida y estable prosperidad que insinúa. El problema es el de la independencia que Bolívar deja implantada en el ámbito de Colombia, que San Martín aun no hace triunfar en el Perú, en cuyo territorio subsiste el Virrey con arrogancias de amenazas y con la resolución de mantener sus dominios como plataforma de la reconquista que puede iniciar una España robustecida por sus alianzas europeas, mientras las nuevas repúblicas desfallecen en el afanoso luchar de su juventud.

Una justa previsión hace San Martín: la América no olvidará el día de su entrevista con Bolívar y la perpetuidad de esta memoria se deberá a los vigos con que en ella planteará el Libertador la primacía del problema fundamental: la independencia llevada a cabo con los únicos elementos posibles, los de las democracias de América. Así lo entendía Colombia, sin pensar en que tamaño beneficio pudiera obtenerse por las benevolencias de Europa para las naciones americanas que ofrecían tronos a los hijos de sus monarcas absolutistas ayer, constitucionalistas mañana, según fueran sus intereses del momento.

Enaltece a San Martín esta resolución para una entrevista en la situación en que su obra se desmedra; en el fondo indica la necesidad de terminar la guerra y de iniciar a las naciones a su propio gobierno; recibió de Chile una Armada y un Ejército con poder suficiente para triunfar e imprimir un soplo de vida a la nacionalidad peruana, más fácil de modelar, por la relativa homogeneidad de su foco principal, que los grupos tan diferenciados de Venezuela y Nueva Granada. El Ejército pujante de otras campañas se ha deshecho en sus manos; la Escuadra chilena exuberante de eficacias no fué llevada por él con la superioridad del talento que se impone a los hombres de audacia que la mandaban; el alma peruana se enfriaba en manos del artífice que descuidaba sus

cualidades, según lo muestra su elección de cooperadores de gobierno, buscándolos todos entre los argentinos, en abierta contradicción con las instrucciones del Senado de Chile en el sentido que fueran los hijos del Perú los dirigentes de sus actividades de nación independiente. Desmoralizadas las fuerzas, anárquica la vida cívica, sólo quedaba en el Perú la confianza en los valerosos jefes chilenos, ajenos a las combinaciones políticas del círculo del Protector o alejados de ellas porque se sabía que no las aceptaban; también la había en selectos patriotas peruanos con fe en su país y deseos que, en el caos que se generaba, se produjera una llamarada de luz que destacara a los directores del Futuro.

Y sobre estos grupos tranquilos que no podían tomar iniciativas, pues irían en aumento del desconcierto que censuraban, también había confianza en la descollante figura del propio San Martín que sentía sobre su alma todas las responsabilidades y que, palpando la falta de medios para salvar la situación, va valientemente en busca de auxilio. Y decimos que va con valor, pues no teme a las críticas de su obra; sus errores son cuestión de apreciaciones, como también pueden serlo los éxitos de Bolívar, lo importante no es discutir unos y otros sino afrontar con decisión el problema como lo imponen sus responsabilidades ante el pueblo.

El más hermoso momento de la vida de San Martín es, a nuestro juicio, este de su viaje en busca de Bolívar; él nada tiene que ganar, la América sí, por la clara exposición de los negocios de la guerra y de la política en el Perú. San Martín en el paso de los Andes, es un General que realiza una hábil maniobra para alejar la guerra de su patria, creándole una línea defensiva en una nación que luchará por su independencia, mientras ella busca grandes combinaciones diplomáticas en Europa; San Martín al frente de la expedición libertadora chilena, fué el numen del despertar del pueblo peruano, mientras tuvo confianza en sus fuerzas; San Martín en su viaje a Guayaquil, es más que eso, en esas campañas venció a un enemigo, ahora debe vencerse a sí mismo para dar el triunfo al idealismo americano y ésta es la mayor victoria de un hombre. Por esto decimos que es el más hermoso momento de la vida de San Martín; para todos es su ocaso y yo

quiero convenir con ellos, pues he visto muchos días sin mañanas hermosas, con mediodías preñados de nubes y con maravillosos atardeceres; ésa fué la existencia de San Martín, su lumbré más hermosa es la de este atardecer que revela todo el vigor moral de su alma que se manifiesta por sí sola, sin atenerse a prejuicios, sin ligarse a imposiciones de amigos, a nada que no sea la causa que defendía y a la cual ofrenda su propia personalidad.

Sólo dos esperanzas tiene San Martín para dar solución a su enigma político: el éxito militar de la expedición preparada para compensar el desastre de Ica y el triunfo que pudiera darle la anexión de Guayaquil. La primera era remota y dependía de la suerte de armas que él no dirigía; la segunda se ligaba a la laboriosa intriga de agentes diplomáticos y de una columna militar cuya dirección inmediata tampoco tenía y sobre cuyo conjunto dominaba la fuerza del derecho. la inspiración de una gran unidad de acción y la decidida voluntad de triunfar.

Hay antecedentes que permiten creer que el Protector del Perú, cediendo a las ilusorias informaciones de los peruanizantes de Guayaquil, creyó resuelta en favor del Perú la lucha por esa Provincia, hasta tal punto que su presencia en ella no sería sino para el arreglo de insignificantes detalles. Desde luego, en su recordada carta a Bolívar, al decirle que saldrá el 18 de Julio del Callao, no le invita a encontrarse en Guayaquil sino en Quito, pues viene a saludar al Libertador en su capital del Sur, mientras se organiza el Gobierno Protectoral en el Puerto. Esta posibilidad se revela en la comunicación del Gabinete de Lima a la Junta de Guayaquil que, según lo establece el historiador argentino de San Martín, dice: "con este viaje quedarán arregladas cualesquiera diferencias relativas al destino de Guayaquil y todos los obstáculos para la terminación de la guerra de la independencia." (Mitre. VI., pág. 67).

Como lo decimos, el Protector pudo treer decidida la incorporación de Guayaquil al Perú, brillante triunfo que creyó posible quien había ocupado a Lima sin combatir y estimaba también hacedero conquistar un territorio de una nación amiga sin desenvainar la espada. Era una aplicación ex-

cesiva del principio militar de economía de fuerzas y en su exageración estaba su fracaso. Pudo tener el Protector tal pensamiento, por las halagadoras noticias de sus enviados; mas, no podía ignorar los trabajos del General Mires, de Sucre, de millares de Colombianos entre los que figuraban antiguos oficiales del Numancia que no simpatizaban con su Gobierno; no podía pues atribuir a las noticias favorables otro valor que el de la lisonja.

Su simple presencia no habría bastado y su llegada con un ejército, aun tan pequeño como el de Santa Cruz, pudo ser una esperanza de triunfo; pero estamos ciertos de que San Martín no tuvo jamás tal intención de una guerra traicida frente al común enemigo. Y si rechazamos esta hipótesis no acordamos igual negativa a su programa de absorción por métodos de astucia y disimulo. Al estudiar la entrevista misma de los libertadores hallaremos expresiones de San Martín que nos hacen creer que él esperaba llegar a Guayaquil cuando el debate estuviera resuelto en favor del Perú.

Hubo en esta lucha sorda instantes de nerviosidad creados por individuos de nacionalidad indecisa, por españoles servidores del Virreinato, que vinculaban la grandeza peruana a la posesión de Guayaquil, casi todos ellos partidarios de medidas violentas como las recordadas al ocuparnos en la primera campaña del General Sucre. En esos días, San Martín, quien no podía olvidar un momento sus grandes responsabilidades, dió órdenes prudentes que evitaron un rompimiento y esto basta para considerar inaceptable cualquier propósito ulterior opuesto a estas tranquilidades de criterio.

No creemos, pues, que el Protector viniera a Guayaquil, en cuyas aguas fondeaba su Escuadra, en cuyos cuarteles podía estar la División de Santa Cruz con el deseo de hacer estallar un pronunciamiento en favor del Perú, sino para recibir las adhesiones que los movimientos de su diplomacia ya hubieran producido. Conoce San Martín el estado de opinión, no ignora la resolución inquebrantable de Bolívar para defender los derechos colombianos, tiene la medida de sus propias fuerzas y conoce la superioridad de los vencedores, en estas condiciones, el triunfo político que buscaba, compliéndose con iniciativas militares directas, era la provocación

inmediata a la guerra, precisamente cuando solicitaba la co-operación de Colombia, según su carta del 13 de Julio.

Suponer en San Martín estas intenciones es hacer extremo desaguizado a su buen juicio, de tal modo son ellas incoherentes con las francas aproximaciones que está realizando. Si algún lazo pudo tener su viaje hasta Quito con la cuestión de Guayaquil, pudo ése ser la celebración de un éxito que tan seguro creían sus corresponsales o bien el de asegurarlo por la obtención de garantías en la manifestación de la voluntad popular cuyas discrepancias exageraban sus propios agentes y los ilusos partidarios de una pequeña soberanía.

Estas garantías podía pedir las San Martín para satisfacer a los guayaquileños que se acogían a su amparo y con ésto creaba a Bolívar, representante del derecho de su patria, la situación de imperio que debía tomar. Guayaquil era un territorio de Colombia, según los principios aceptados, y como quiera que se suscitaba, aunque caprichosamente, un derecho de minorías, Bolívar no lo negaba y sometía la final resolución a votación popular, con arreglo a las leyes y bajo la autoridad del soberano.

La situación del Libertador era invulnerable ante el derecho y cualquiera que fuera su expectativa, San Martín no podía sino aceptarla, o, en caso contrario, declarar la guerra a Colombia y con ello dar la supremacía a los realistas en el Perú. Abordar estos puntos en su entrevista con Bolívar, contrariar antes de ella sus derechos era un peligro grande como una catástrofe y ciertamente el Protector no tuvo este tema entre los posibles de sus conversaciones con el Libertador. La cuestión guayaquileña sería cuando mucho materia para alguna pasajera charla para complacer a quienes actuaron en esta maraña de intrigas contra el triunfo de las armas y la majestad del derecho.

Podemos, pues, eliminar del programa que traerá el Protector cuanto pueda referirse fundamentalmente a esta odiosa cuestión suscitada por los hombres de su gobierno; era un debate cerrado de hecho por la claridad de la doctrina y su reabertura era encender la tea de la guerra en las cenizas de la intriga ya sofocada por la mano enérgica de quien

defendía, a la vez, las soberanías democráticas y las prerrogativas del nacionalismo.

Los propósitos del General San Martín no pueden, pues, ser otros que las cuestiones fundamentales: la guerra con España y las organizaciones futuras de los pueblos en la paz. Y es por esto que su actitud final tiene un sello de grandeza que no alcanza ninguno de los episodios de su vida. Como militar, no había logrado el triunfo y eran sus subalternos sus enconados críticos. Como político no había sabido desatar las ligaduras de un pueblo para hacer de sus hombres los cooperadores de su organización e iban a convertirse en sus enemigos los mismos que él hizo escuderos de extraños paladines, cuando sus anhelos eran formar la Tabla Redonda de los caballeros que ofrendaban la libertad a su patria. No ha sido larga la lucha del General San Martín, aun no han pasado dos años desde la partida de Valparaíso de la expedición que Chile puso a sus órdenes y desencantado, por no haber tenido la extraña fortuna del César que vino, vió y venció en las Galias, buscó en sus campañas las soluciones políticas que creyó preferibles a los cortes de la espada y su fracaso lo llevó a dudar del éxito en la organización de las jóvenes nacionalidades. Acongojada su alma por estas decepciones y atribulado su cuerpo por las dolencias, no se abatió sin embargo su espíritu y se remontó a la altura prodigiosa de quien sabe desprenderse del peso inútil que es su amor propio y de las resistencias pasivas de los prejuicios y de los compromisos y ese fué su vuelo a los campamentos de Bolívar, a buscar en ellos el secreto de las victorias y de las uniones populares que no había encontrado en los suyos. Era el olvido de sí mismo ante la grandeza de América y es por ésto que hallamos gigantesca la figura del atribulado General en este momento de su mayor heroísmo.

No podrán ser otros los temas de conversación entre el guerrero del Norte, que obra dentro del cuadro armónico de la evolución progresiva de los americanos, y el General argentino que no encuentra soluciones sino en la marcha regresiva hacia la monarquía y en las comprensiones del individualismo; Guayaquil era un detalle y podía ser un tropiezo y el Libertador lo ha eliminado.

Bolívar abarca toda la delicadeza de la situación continental creada por la declaratoria de independencia guayaquileña en 1820 y había dirigido estos debates desde sus vivacs con las misivas sucesivamente confiadas a los Generales Mires y Sucre, sujetos a las nítidas instrucciones que cumplieron debidamente. La opinión se mostró favorable a Colombia; el Estado independiente era una quimera y la anexión al Perú el germen de una guerra; todo esto desaparecía al empuje del derecho enérgicamente sostenido y, ya pronunciados los habitantes, pudo el Libertador acoger a Guayaquil bajo un protectorado establecido de acuerdo con la misma asamblea que generó la Junta de Gobierno.

Recuerdan las crónicas que a la llegada de Bolívar a Guayaquil se agitó la bandera de Colombia y que, luego de saludarla, fué arriada para enarbolar el estandarte del Estado Libre; el Presidente de Colombia estaba en su territorio, su demostración de derecho era reconocida por la Junta y el cambio de pabellón era una ofensa, tanto mayor cuanto que la misma Junta conocía la resolución del Consejo Electoral para iniciarle un juicio de residencia. Era una manifestación anárquica, como decía el Secretario del Libertador al comunicar a Olmedo, Jimena y Roca que el Presidente de Colombia asumía el mando, en conformidad al convenio de 31 de Agosto de 1821 y a sus propias facultades.

Los miembros de la Junta tomaron una actitud reveladora de las dobleces de su conducta; habían sido un gobierno defendido por las armas colombianas contra las invasiones del Presidente español de Quito y que había decretado él mismo la protección colombiana y, en la hora solemnemente decisiva, se asilan en las naves peruanas fondeadas en sus aguas. Han sido agentes peruanizantes, vencidos en contienda de derecho, desautorizados por sus mandantes y en la elección de un nuevo hogar manifiestan que su derrota y la del Perú es un solo fracaso.

Cuando el General San Martín llegue a Guayaquil, esta cuestión tan simple, y que ajenas ambiciones ha complicado hasta el peligro explosivo, estará ya resuelta en el derecho con arreglo al recordado convenio y en el hecho por la resolución del Libertador, apoyada en ese antecedente y en la

ya manifiesta voluntad de los miembros del Colegio Electoral. Vendrá el Protector a ser huésped de Colombia en Guayaquil y este puerto no será una simple etapa de su viaje a Quito, según su carta fechada en Lima el 13 de Julio, el mismo día en que Bolívar asume el mando en Guayaquil.

La integración colombiana está terminada, y aquí podríamos colgar nuestra mal cortada pluma porque están terminadas las guerras de Bolívar por la libertad de Colombia, aunque no las guerras de Colombia por la libertad de América. No nos es dado, pues, plegar nuestra tienda de campaña, intención que el mismo Bolívar tiene en estos días, según escribe a su amigo Toro, de Caracas: "Estaré algunos meses por esta parte; después, a fines de año, iré a Bogotá a renunciar mi Presidencia, porque ya he concluido dichosamente los encargos de mi oficio de soldado. Ya en Colombia no hay españoles y ya he completado, por consiguiente, más allá de mis esperanzas la obra inestimable de la paz. Me debo a mí mismo la separación de los servicios públicos, porque habiendo encanecido en el servicio de la patria, debo dedicar el último tercio de mi vida a mi gloria y mi reposo. Iré a Caracas a principios del año que viene y nada exagero al decir que mi mayor deseo será estrechar entre mis brazos a mis más queridos y más desgraciados amigos, aunque los más dignos de ser los más afortunados." (Doc. 2047. VII. B. y A.)

Cuenta ya 38 años el hombre que ha realizado tan magna empresa; el destino le reserva menos de ese tercio que él se promete y no será de reposo sino de un incesante afán, antes de rendirse en el olvido de los hombres, que tal es la suerte de quienes les sirven. Ciertamente no podremos llegar hasta ese término de su historia, aunque para ello nos diera el destino el tiempo que a él no le dió, no tendríamos alma tan fuerte como para narrar su infortunio en los zarzales de la ingratitud.

Aquí deseáramos quedarnos, en esta conclusión de las guerras colombianas, mas la anunciada visita de San Martín y el desarrollo generalizado de la contienda americana van a marcar a Bolívar nuevos rumbos en los que seguiremos sus huellas.

Mientras llega el anunciado visitante, el Presidente de Colombia prepara los batallones que va a ofrecerle y organiza el gobierno de Guayaquil, dando todo impulso al Colegio electoral. Las sesiones de este cuerpo tuvieron lugar pocos días después de la visita del Protector del Perú y nos será permitido consignar aquí los resultados, a fin de no interrumpir la unidad de este relato de la integración colombiana.

El Colegio Electoral se reunió desde el 28 al 30 de Junio para constituirse, revisando cuidadosamente los poderes de sus miembros, cumplir los deberes de fiscalización que le señalaba el Estatuto provisorio, consignar los hechos que motivaron la resolución del Libertador y autorizarla en toda su latitud hasta la final decisión de los Representantes.

El 31 de Julio el Colegio declaró, por aclamación, que la "Provincia de Guayaquil queda para siempre restituida a la República de Colombia, dejando a discreción de su Gobierno el arreglo de sus destinos." Terminaba el acta de esta sesión expresando "que la Asamblea entra en receso, ratificando sus ardientes aclamaciones de júbilo por el augusto y solemne reconocimiento que acaba de hacer del Código Constitucional, en cuya observancia espera encontrar los elementos de gloria y prosperidad de la Provincia." (Doc. 786. XIX. O'Leary).

Los solemnes juramentos del caso se prestaron sin tardanza y la Comisión de Representantes presentó los programas que el Libertador aprobó, erigiendo la Provincia de Guayaquil en Departamento de Colombia, cuyo Intendente sería el General Bartolomé Salom. Los tribunales de comercio funcionarían con reglamentos adecuados, mientras se creaba una Corte Superior de Justicia y las autoridades competentes sancionaban las subdivisiones administrativas, en conformidad a los deseos de los guayaquileños.

Está Bolívar en el curso de su décimotercio año de guerras y es su décima cuarta campaña la que concluye con la constitución de la Gran Colombia, abrigada por sus armas desde el Orinoco al Guayas, protegida por ellas en todas sus provincias para que todos sus hijos se dediquen a los vigorosos afanes de sus prosperidades propias y de reparar las de las generaciones futuras al amparo de la ley. La Nación

formada es un foco vivo de actividades en progreso y sus irradiaciones externas impresionarán a las Potencias del orbe que se apresurarán a dar acogida a Colombia en la familia de las Naciones.

Aquí deseáramos reposarnos para contemplar el pasado de estas campañas estructuradas sobre líneas estratégicas genialmente concebidas; rememorar la metódica obra de cultura posible dirigida desde todos los campamentos con la destinación de los venezolanos y granadinos a la dirección de la vida colectiva, entregándoles las responsabilidades del éxito cívico, como el Libertador tomaba para sus oficiales y para él mismo las del triunfo de las armas que dan libertad y prestigio; para recordar también la acción externa, la presentación ante el mundo de la joven República como merecedoras del respeto que alcanzaban por sus triunfos en la guerra y de la confianza de que eran dignos los hombres de trabajo que crearon una civilización bajo el dominio de España y que harían obra de mayores alcances bajo el régimen de su libertad metodizada.

El deleite de contemplar esta obra debemos posponerlo hasta que no podamos trazar el nuevo cuadro que abren ante las miradas del Libertador los acontecimientos de la guerra del Sur. El cuadro no es nuevo para él, tiene los perfiles que le hemos visto recordar en todas sus campañas; la resistencia española era una, desde el Orinoco al Plata, y las fuerzas de Colombia deberán romperla en todos sus territorios y seguir por ella hasta su quebrantamiento definitivo en el núcleo central del Virreinato de Lima.

Colombia entra a un nuevo teatro de operaciones; ya ha hecho con su sangre y con sus riquezas la libertad del Norte y Bolívar le pedirá nuevos sacrificios para consumir la obra continental, que es la seguridad de su propia emancipación. A pedir auxilio, en nobilísima forma, viene el jefe menos venturoso de las armas del Perú y debemos, antes de entrar en la nueva etapa que dirigirá Bolívar, recordar la situación de conjunto de Colombia a quien se pide auxilio, la de Chile que ha hecho el grandioso esfuerzo de 1820 y la del Perú hacia donde irán las huestes redentoras de Colombia.

Hagamos desde luego una excursión por los campos de Venezuela y Nueva Granada que hemos perdido de vista desde los días en que dejamos al Libertador trazando su línea estratégica americana, después de la organización civil de Colombia realizada por el Congreso de Cúcuta.